

Casos Y Cosas

Por SERGIO VODANOVIC.—

NAVIDAD BLANCA

Cuando mediaba Diciembre y el calor empezaba a sofocar, solía escuchar a algunos miembros de mi familia —que provienen de la balcánica Yugoslavia— hacer recuerdos de la navidad europea. Ellos aseguraban que la verdadera Navidad era aquella, con el paisaje nevado, el frío enrojeciendo las mejillas y el calor del hogar a ventanas cerradas, que hacía más íntima la reunión familiar.

Aquí, en los Estados Unidos me apresto a mi primera Navidad blanca. Ya las primeras nevazones han caído facilitando así el deslizamiento del mítico trineo de Noel y, por querer, las señales del inminente acontecimiento se hacen visibles. En el centro de Nueva York, cientos de viejos pascueños se muestran felices en su ocasional empleo que les permite usar gruesas ropas de lanas y falsas barbas blancas que lo protegen de la llovizna y el hielo. En las puertas de las casas, la guirnalda de pinos verdes tiene para mí —extranjero en la Navidad blanca— un extraño sabor de exótico y, a la vez familiar. Si se mira dentro de las ventanas iluminadas, ya se divisan las pequeñas velas, los árboles con sus tradicionales adornos y, de vez en vez, se oye la suave melodía de un villancico navideño.

Todo es igual que en las tarjetas postales. El color es blanco y verde. La sensación es la misma. No puedo apartar la idea de que estoy viviendo dentro de una tarjeta en medio de familiares estampas, porque, esta "verdadera navidad", es para mí, una Pascua falsa.

Yo conozco otra Pascua. Una que nadie se ha preocupado de dibujar en tarjetas y que al solo describirla o recordarla hace ridículo al viejo Noel con sus gruesas ropas y su trineo. Es la Pascua de Santiago, aquella que principia el 20 de Diciembre cuando se suspende el tránsito en la calle Ahumada y el torrente de compradores se desborda de la calzada; las tiendas permanecen abiertas hasta muy tarde en medio de un calor que sólo es mitigado por la brisa nocturna. Después, la noche del 24, una misa del gallo, una reunión familiar con las ventanas abiertas y los jardines verdes y a la mañana siguiente, con un sol esplendoroso y con un calor que obliga a la ropa liviana los niños en las

(PASA A LA PAGINA 15)

NAVIDAD...

(VIENE DE LA PAGINA 3)

veredas, en las esquinas, en las plazas, montando sus triciclos o bicicletas, compitiendo con sus nuevos monopatines o mostrando las muñecas, las pistolas o los sables que encontraron en la mañana a los pies de sus camas.

Es posible que aquella, acorradamente estival, no sea la verdadera Navidad. Que la verdadera sea ésta, que estoy viviendo ahora, con el termómetro que baja de 0 y la nieve circundándolo todo, pero, para mí, esto sigue siendo una tarjeta postal. Mi verdadera navidad, la que yo aprendí a esperar impaciente de niño es ésa que ustedes tienen allá, lejos, en Chile.